

Capitalismo puro

Michel Husson, Ediciones Maia, 2009

Cuatro tesis a modo de conclusión

1. Esta crisis es una crisis sistémica

Para funcionar de forma relativamente armoniosa, el capitalismo tiene necesidad de una tasa de ganancia suficiente, pero también de salidas para sus productos. Pero debe satisfacerse una condición suplementaria, que se refiere a la forma de estos mercados: deben corresponder a los sectores susceptibles, gracias a las ganancias de productividad inducidas, de hacer compatible un crecimiento sostenido con una tasa de ganancia mantenida. Sin embargo, esta adecuación está constantemente puesta en cuestión por la evolución de las necesidades sociales. La multiplicación de bienes innovadores no ha bastado para constituir un nuevo mercado de una talla tan considerable como el sector automóvil, que implicaba no solo la industria automóvil sino también los servicios de mantenimiento y las infraestructuras de carretera y urbanas. La extensión relativamente limitada de los mercados potenciales no ha tampoco sido compensada por el crecimiento de la demanda. Faltaba desde este punto de vista un elemento importante para cerrar el bucle que debía llevar de las ganancias de productividad a progresiones rápidas de la demanda en función de las bajadas de precios relativos inducidas por las ganancias de productividad.

Asistimos al contrario a una deriva de la demanda social, de los bienes manufacturados hacia los servicios, que corresponde mal a las exigencias de la acumulación del capital. El desplazamiento se hace hacia zonas de producción (de bienes o de servicios) con débil potencial en productividad. En los pasillos del aparato productivo también, los gastos en servicios ven aumentar su proporción. Esta modificación estructural de la demanda social es una de las causas esenciales de la ralentización de la productividad que viene luego a rarificar las oportunidades de inversión rentables. No es principalmente porque la acumulación se ha ralentizado que, por su parte, la productividad se ha desacelerado. Es al contrario, porque la productividad -en tanto que indicador de ganancias anticipadas- se ha ralentizado, que la acumulación está a su vez deprimida y que el crecimiento está frenado, con efectos de rebote suplementarios sobre la productividad.

Otro elemento a tener en consideración es la formación de una economía realmente mundializada que, confrontando las necesidades sociales elementales en el Sur con las normas de competitividad del Norte, tiende a excluir a los productores (y consiguientemente las necesidades) del Sur. En estas condiciones, la distribución de rentas no basta, si éstas se gastan en sectores cuya productividad -inferior o menos rápidamente creciente- viene a influir sobre las condiciones generales de la rentabilidad. A partir de ahí, el salario cesa en parte de ser una salida adaptada a la estructura de la oferta y es una razón suplementaria para bloquearla. La desigualdad del reparto en favor de capas sociales acomodadas (a nivel mundial igualmente) representa entonces, hasta un cierto punto, una salida a la cuestión de la realización de la ganancia.

Se vuelve a encontrar aquí la contradicción fundamental entre la transformación de las necesidades sociales y el modo capitalista de reconocimiento y de satisfacción de estas necesidades. Pero esto quiere decir también que el perfil particular de la fase actual moviliza, quizá por primera vez en su historia, los elementos de una crisis sistémica del capitalismo. Se puede incluso avanzar la hipótesis de que el capitalismo ha agotado su carácter progresista en el sentido

de que su reproducción pasa en adelante por una involución social generalizada. Las posibilidades de remodelación tecnológico, social y geográfico susceptibles de proporcionar el marco institucional de una nueva fase expansiva parecen limitadas y esta onda larga está probablemente llamada a alargarse en un crecimiento débil. Por parafrasear una fórmula célebre, la Edad de oro ha representado sin duda "el estadio supremo del capitalismo", lo mejor que tenía que ofrecer. El hecho de que retire ostensiblemente esta oferta marca por su parte la reivindicación de un verdadero derecho a la regresión social.

2. Las medidas adoptadas no definen una salida a la crisis.

Las nacionalizaciones bancarias no son sino seudonacionalizaciones. Son parciales, provisionales y más o menos incondicionales. Su objetivo es restablecer la rentabilidad del sistema bancario y proporcionarle los medios para su reestructuración. Si se hubiera verdaderamente tratado de refundar el capitalismo estas inyecciones de dinero público hubieran podido ser la ocasión de imponer a los bancos reglas más exigentes de funcionamiento. Los discursos sobre la necesaria regulación, sobre la lucha contra los paraísos fiscales, etc., no son pues más que una operación de distracción. Lo más probable es que las liquideces entregadas hoy vendrán a alimentar la próxima burbuja.

La intervención pública constituye sin embargo una confesión que pone en cuestión uno de los fundamentos del neoliberalismo, a saber, el carácter óptimo del sector financiero privado. Pero esta intervención que equivale a socializar las pérdidas no basta para poner en marcha la transición hacia un nuevo régimen. El antiguo se basaba en la bajada de la parte de los salarios compensada por el sobreendeudamiento al que se añadía, en el caso de los Estados Unidos, la financiación del crecimiento por el resto del mundo. Los dos pilares de este modelo están hoy puestos en cuestión: el endeudamiento interior no puede ya sostener la demanda, de tal forma que la recesión se ha convertido en una crisis clásica de sobreproducción y de realización. Y la financiación del déficit de los Estados Unidos se ha hecho incierta, tanto más en la medida en que los excedentes de los países emergentes van a tender a reducirse.

Las políticas de relanzamiento están mutiladas en la medida en que no pueden conducir a un restablecimiento de un reparto más equitativo entre salarios y beneficios. Sin embargo, es la condición esencial de la puesta en pie, o más bien de una vuelta a un modelo de tipo keynesiano-fordista. Pero supondría una puesta en cuestión de las desigualdades que se han profundizado durante los últimos decenios, en grados diversos en los Estados Unidos, Europa e incluso en China. Las políticas de salvamento del sistema van pues a permitir evitar una crisis semejante a la de los años 1930, pero no comportan las medidas susceptibles de evitar una depresión análoga a la que Japón ha conocido a lo largo de los años 1990.

La difusión de la crisis de las *subprimes* al conjunto del sistema financiero es un revelador del grado de integración de la economía mundial y del sistema financiero. La hipótesis de la desconexión avanzada al comienzo de la crisis, según la cual Europa o China permanecerían al abrigo de los efectos de la crisis y permitirían evitar una recesión generalizada, ha fracasado rápidamente. La crisis está lejos de haber terminado y la coordinación de las autoridades capitalistas (gobiernos, bancos, FMI, fondos soberanos, instituciones europeas, etc.) progresa bajo la presión de la urgencia. Pero es insuficiente para que se pueda contemplar la puesta en pie de un nuevo Bretton Woods. El escenario más probable en los meses que vienen es, al contrario, el endurecimiento de las rivalidades entre capitalismo nacionales.

A pesar de la mundialización productiva, las contradicciones interestatales van a adquirir una nueva intensidad, intentando cada estado echar sobre los demás la carga de la crisis. Los Estados Unidos van a intentar imponer una nueva bajada del dólar, necesaria para el reequilibrado de su déficit comercial. En Europa, cada país se posiciona de forma muy diferente en relación a la crisis, en función del peso relativo del sector financiero, del sector inmobiliario y del automóvil, y de su modo de inserción en el mercado mundial. Una verdadera política económica coordinada está pues fuera de alcance, tanto más cuanto que la Unión europea se ha privado voluntariamente de las instituciones que permitirían llevarla a cabo, y particularmente de un presupuesto federal suficiente. Los países del Sur, particularmente en América Latina y Asia tendrán tendencia a recentrarse en sus mercados internos y regionales, siguiendo el modelo de las políticas de sustitución de importaciones llevadas a cabo en América Latina tras la crisis de los años 1930.

En el interior de cada país, es la contradicción capital-trabajo la que va a profundizarse. Hay pocas cosas en los planes de rescate o de relanzamiento en favor de los asalariados mientras que las empresas van a aprovechar la oportunidad de la crisis para restablecer las condiciones de su rentabilidad. En fin, los presupuestos públicos van a recargarse con las sumas dilapidadas en favor de los bancos y de las empresas, de tal forma que los presupuestos sociales deberán ser de nuevo reducidos. La coyuntura política de los meses y años que vienen estará sin duda caracterizada por una carrera entre el ascenso de orientaciones de tipo nacionalista o proteccionista y el de las luchas sociales.

3. El imposible neo-fordismo

Podría imaginarse la vuelta a un "neofordismo" caracterizado por un reparto capital-trabajo estabilizado a un nivel más favorable a los asalariados, gracias a lo que Keynes llamaba la "eutanasia del rentista". La economía sería recentrada sobre la demanda interna, la intensidad del comercio mundial sería reducida, y la inversión pública y los gastos sociales jugarían de nuevo un papel motor.

Pero tal modelo supondría dar marcha atrás en las desigualdades sociales asociadas al capitalismo neoliberal y supondría un enfrentamiento con las capas sociales beneficiarias de esas desigualdades. La burguesía no está dispuesta a una autorreforma así y las corrientes políticas social-liberales no están dispuestas a asumir el grado de conflicto que sería necesario para instalar un régimen de acumulación así.

4. El capitalismo no se hundirá solo

La paradoja de la mundialización podría en el fondo enunciarse así: cuanto más logra el capitalismo modelar la economía mundial a su conveniencia, más se endurecen sus contradicciones. Es por lo que el capitalismo mundial se ha instalado en una situación de "desequilibrio inestable" que contiene numerosos elementos de ruptura. El escenario de un aterrizaje brutal de la economía de los Estados Unidos está cargado de una recesión mundial potencial en la que el entrelazamiento de los capitales y de los mercados, los desequilibrios propios de las finanzas podrían extender el marasmo al conjunto del planeta. Nuestra crítica del capitalismo no está sin embargo fundada en una forma de catastrofismo, en el sentido de que no depende de la inminencia de una crisis así. Esta crítica no se basa en pronósticos sino en la realidad actual del capitalismo que se caracteriza

por un rechazo a satisfacer las necesidades sociales de la humanidad: con esto nos basta y nos sobra, se podría decir. La transformación de la recesión en depresión mundial es posible, pero no garantizaría en nada una transformación social. La crítica del capitalismo contemporáneo no consiste pues en esperar la crisis que haría hundirse el capitalismo como un fruto maduro, sino en analizar la evolución de este sistema y en imaginar los medios de salir de él. La cuestión fundamental es en el fondo saber si la inestabilidad actual se va a desatar según el eje de los conflictos intercapitalistas o el de los enfrentamientos sociales.

La crisis ha alcanzado ya de forma profunda a la legitimidad de este puro capitalismo y de sus preceptos ideológicos. Los éxitos que registra son directamente proporcionales a las regresiones sociales que logra imponer, sin compensación ni contrapartida. Incluso si las relaciones de fuerza siguen estando a su favor, una cosa al menos debería estar clara: los proyectos que apuntan a regular, disciplinar o humanizar un tal sistema resultan en el contexto actual una pura utopía, en el mal sentido del término. La única actitud coherente hoy es, al contrario, oponer a este "puro capitalismo" un "puro anticapitalismo" proporcional a las amenazas que hace pesar sobre el bienestar de la humanidad.